

Galván y la Espantosa Dama

Era una mañana fresca y seca a principios del invierno y el rey Arturo y sus caballeros habían salido de caza. Durante la cacería, Arturo se vio separado de sus compañeros y mientras estaba buscándolos se encontró con un ciervo blanco, que lo miró directamente a los ojos durante un momento y después huyó hacia el bosque.

Los ciervos blancos son extremadamente raros y Arturo sabía que siempre habían representado el misterio, un portal hacia otros mundos, así que partió en pos de la misteriosa criatura, decidido a seguirla a cualquier aventura a la que le condujera. Penetraron cada vez más profundamente en el bosque, hasta que al fin el ciervo se volvió para enfrentarse a Arturo y, al volverse, se convirtió en un enorme caballero completamente cubierto con una armadura. Con un golpe de su brazo vestido de acero derribó a Arturo de su caballo y después puso el pie sobre el pecho de Arturo, desenvainó la espada y dijo: “Arturo, ¡preparaos a morir!”.

“No temo morir”, dijo Arturo, “pero os deshonráis atacándome de este modo, porque vos estáis completamente revestido de armadura y yo sólo llevo mi ropa de caza. Lucharé con vos si eso es lo que deseáis, pero dejadme regresar a mi castillo y ponerme la armadura y entonces tendremos una pelea justa.”

“Os perdonaré con una condición, Arturo, y es ésta: Que me prometáis regresar aquí en el plazo de un año y un día con la respuesta a esta pregunta:

SEMILLAS EN EL VIENTO

‘¿Qué es lo que las mujeres desean más que nada?’. Si no conseguís traerme la respuesta correcta, os cortaré la cabeza. ¿De acuerdo?’

“De acuerdo.”

Sin decir una palabra más, el caballero gruñó y desapareció en el bosque. Arturo cabalgó de regreso a su castillo, donde contó su aventura y su intención de pasar los próximos años cabalgando por el reino, buscando la respuesta a la pregunta. Hubo un momento de silencio mientras la gente asimilaba la noticia, pero entonces Sir Galván, uno de sus caballeros, dio un paso al frente y dijo: “Mi señor, dejadme cabalgar con vos”.

Sin demora, Arturo y Galván partieron en su misión, y dondequiera que iban preguntaban a la gente qué era lo que las mujeres deseaban más que nada. “¡Buen sexo!”, decían algunos con un guiño. “Dinero”, decían los cínicos. “Ropas finas”, decían otros. “Y más ropas finas”, gemían algunos de los maridos. “Un marido nuevo”, suspiraban algunas de las mujeres, con sentimiento. Parecía que todos los preguntados tenían algo diferente que decir, y anotaron todas las respuestas que recibieron en una larga lista esperando que entre todas ellas estuviese la correcta.

Cuando el año llegaba a su fin, cabalgaron para reunirse con el caballero, pero tenían el corazón triste, porque en lo más profundo de su ser sabían que no tenían la respuesta correcta. Mientras cabalgaban por el bosque llegaron a un pequeño cruce de caminos, y junto a él estaba sentada la mujer más espantosa que ha vivido jamás. Tenía el pelo enmarañado con grandes greñas; su piel escamosa estaba cubierta de llagas supurantes; sus ojos eran pequeños puntos rojos hundidos profundamente en la cara; su boca era como un corte profundo que le cruzaba la cara, y de ella salían unos colmillos amarillentos; tenía las manos como garras, y olía tan mal que los caballos se espantaron de ella.

“¿A dónde os dirigís, mis hermosos muchachos?”, dijo sin aliento, con voz chirriante.

Arturo refrenó a su caballo. “Bueno, esto, señora, estamos en una misión.”

“Oooo, una misión ¿eh?”, rió con satisfacción la bruja. “¡Por lo que he oído, no habéis tenido mucho éxito!”

GALVÁN Y LA ESPANTOSA DAMA

“¿Qué queréis decir? Hemos recogido muchas, muchas respuestas.”

“No me importa cuántas respuestas tengáis”, escupió la bruja, “¡no os servirán de mucho si no tenéis la correcta!”

El corazón de Arturo latió más deprisa. “Señora, si sabéis eso, ¿sabéis también la respuesta a la pregunta?”

“Oooo, sí, la sé.”

“Entonces, por el amor de Dios, decídnosla y os recompensaré con tanto oro como queráis.”

“No es oro lo que deseo. Sólo os diré la respuesta si uno de vuestros caballeros...”, se detuvo burlona, con los ojos porcinos saltando de uno a otro, “¡promete casarse conmigo!”

“Señora”, dijo Arturo incómodo, “no quiero ser grosero, pero no podría pedir en modo alguno a ninguno de mis caballeros que se casara con vos.”

“¡Idos pues! ¡Perded la cabeza! ¡Poco me importa!”

Arturo estaba a punto de continuar, pero Galván dijo; “Mi señor, esperad. Si esta dama nos da la respuesta a la pregunta, entonces yo mismo me casaré con ella”.

“¡Por todos los santos, Galván”, dijo Arturo volviéndose hacia él, “pensad en lo que decís!”

“Si nos da la respuesta”, repitió Galván firmemente, “me casaré con ella.”

“Oooooo, bien”, gorgoteó la bruja, “¡me gustáis, Galván, sois un hermoso muchacho!” Y les dijo la respuesta a la pregunta, pero no la escribieron en la lista, con la esperanza de que el caballero estuviera satisfecho con una de las respuestas que ya tenían, y por tanto que Galván no tuviera que casarse con la bruja.

Cuando llegaron al lugar de reunión hallaron al caballero afilando un gran hacha mientras les esperaba. Arturo le entregó la lista y él la leyó. Cuando hubo leído la última respuesta rugió: “Arturo, ¡preparaos para morir! ¡La respuesta no está aquí!”

Galván dio un paso y dijo: “¡Esperad! Tenemos una respuesta más y es ésta: Lo que las mujeres desean más que nada es el poder sobre sus propias vidas”.

SEMILLAS EN EL VIENTO

Una expresión de furia nubló la cara del caballero. “¡Ésa es la respuesta correcta!” gruñó, y se internó furioso en el bosque.

“Os lo dije”, cacareó la arpía. “Vamos Galván, ¡vamos a casarnos!”

Arturo, Galván y la bruja regresaron a la corte. Todo el mundo se llenó de alegría al ver a los dos caballeros después de su larga ausencia, pero también les sorprendió un poco la extraña criatura que traían consigo. Cuando la gente se enteró de que Galván se iba a casar con la bruja, un silencio descendió sobre la corte y todos se pusieron de luto por el fatal destino del pobre hombre. Pero una promesa es una promesa, y Galván y la bruja se casaron.

Esa noche, tras un sombrío banquete de bodas, los recién casados fueron a sus aposentos. Moqueando y gruñendo como un jabalí asmático, la arpía se deslizó en la cama. Sin valor suficiente para acercarse a ella, Galván paseaba de aquí para allá al otro extremo del dormitorio. Al fin ella se asomó entre las colchas. “Galvancito”, resolló, con la saliva goteando de su boca sin labios, “esto ha de ser un verdadero matrimonio. ¡Venid aquí y besadme!”

Galván respiró hondo, se dirigió al lecho, cerró los ojos, se inclinó y besó a la bruja.

“Bueno”, dijo una dulce voz, “no estuvo tan mal ¿verdad?” Galván abrió los ojos y en la cama yacía la más hermosa joven que hubiera visto jamás! “Con ese beso habéis roto el hechizo que pesaba sobre mí”, dijo. “O al menos la mitad, porque sólo puedo conservar esta forma durante la mitad de cada día. Así que ahora debéis elegir. ¿Queréis que sea bella durante el día y os honre en la corte ante vuestros amigos, pero fea por la noche cuando estemos solos vos y yo? ¿O queréis que sea fea durante el día, pero hermosa por la noche cuando estemos juntos y solos?”

Galván pensó un momento y después dijo: “Señora, os dejo la elección a vos”.

Ante esto ella sonrió y dijo: “Ésa es la respuesta correcta. Con ella habéis roto la segunda parte del hechizo, y ahora seré tan bella como siempre, todo el tiempo.”